

## CAPÍTULO IX

## SOLTEROS Y CASADOS. — COMPAÑEROS

El amor forma la vida de la mujer en casa y fuera. — SIR S. FERGUSSON.

Es una cadena de oro que pende del cielo, cuyos eslabones son brillantes y eternos: cae como el sueño sobre los amantes y enlaza los ánimos suaves y apacibles con nudos iguales. — GUILLERMO SCOTT.

Pastor, ¿quieres decirme qué es el amor?  
 ¿Es acaso esa fuente y ese muro donde descansan el placer y el arrepentimiento?  
 ¿Es acaso esa campanilla cuyo sonido nos conmueve á todos lo mismo en el cielo que en el infierno?—Eso es el amor, según he oído. — SIR GUILLERMO RALEIGH.

Al describir algunos de los caracteres más importantes de la biografía, no pueden omitirse las relaciones que existen entre hombres y mujeres.

El amor y el matrimonio influyen en el ánimo de muchos hombres, proporcionando ayuda y solaz á unos y ruina á otros. « Amamos, dice Virey, porque no podemos vivir siempre: buscamos el amor á expensas de nuestra vida. » El amor nupcial, dice lord Bacón, forma la humanidad; la amistad la perfecciona; pero el libertinaje lo corrompe y degrada. No puede dudarse que la civilización cristiana ha elevado grandemente la situación de la mujer, y la ha hecho apta para conservar esa virilidad del alma que no co-

noce sexo. Gracias á su influencia, han aprendido esas divinas lecciones de moralidad y de religión que mantienen el reinado de la civilización. En el santuario del hogar doméstico dirige la mujer el mundo, tan bien como si tuviese en sus manos las riendas del gobierno.

Sin embargo, muchos hombres y mujeres permanecen solteros. En verdad se ha discutido mucho acerca de qué estado es más favorable á la felicidad y cultura humanas, si el matrimonio ó el celibato. La mayoría, siguiendo sus naturales instintos, se casan; mientras que otros, como San Pablo, « no teniendo necesidad y siendo dueños absolutos de su voluntad » permanecen solteros: los primeros hacen bien, según el Apóstol, y los segundos mejor. Lord Bacón, que era casado, aunque no era muy enamorado, dice: « El que tiene mujer é hijos suministra rehenes á la fortuna, porque son impedimentos para las grandes empresas, lo mismo para el bien que para el mal. Ciertamente las mejores obras y de mayor mérito para el público han procedido de hombres no casados ó sin hijos, que se han consagrado por completo al pueblo<sup>1</sup>. »

El hombre soltero es sin duda más á propósito para consagrarse con mayor exclusivismo á los trabajos intelectuales. Es más libre en sus hábitos y costumbres, y se siente menos embarazado por la consideración de los deseos y necesidades de los demás. Al mismo tiempo se priva de lo que da á muchos hombres fuerza y comodidad en la vida, descanso del cerebro y paz del espíritu, y ese alivio consolador que sólo

1. Bacon. *Essay of Marriage and Single Man.*

puede encontrarse en la cariñosa simpatía y en los consejos de una esposa inteligente. « ¿Qué hace un hombre en la mitad de su vida sin una esposa é hijos á quienes atender? No me lo puedo figurar; porque pienso que las afecciones deben refrenarse y enfriarse tristemente, aun tratándose de los mejores hombres, en su contacto con la gente, según lo que vemos que ocurre generalmente en la sociedad. Muchos de los más grandes hombres de genio han sido sin duda hombres solteros, pues su pasión por el saber ha absorbido todas las demás pasiones. Probablemente Newton jamás conoció el amor, ni siquiera el de la gloria. Dicese que una vez fué á hacer la corte á una señorita, y se puso á fumar. Merced á su distracción tomó el dedo índice de la señorita para apretar el tabaco en la pipa. Su tentativa amorosa fracasó como es consiguiente. Es posible también que la excesiva timidez de Newton, alentada por su vida de retiro y de meditación, le impidiese gozar de la sociedad de las señoras, cuya necesidad no pareció sentir nunca. Hobbes se propuso evitar el matrimonio, al que en cierta ocasión se vió inclinado, á fin de poderse consagrar con más ahinco y actividad al estudio. Adán Smith vivió y murió soltero. Decía que no se mostraba enamorado sino en sus escritos. Chamfort, el misántropo, decía: « Si los hombres consultaran únicamente la razón, ¿quién querría casarse? Por mi parte no me casaría, por temor de tener un hijo que se me pareciese. »

Entre otros distinguidos célibes figuran Gassendi, Galileo, Descartes, Locke, Espinosa, Kant, Isaac Barrow, Butler, Bayle, Leibnitz, Boyle, Cavendish, Blak, y Dalton. No solamente no hubo ningún instinto

sexual en Cavendish, sino que sentía una antipatía mórbida contra las mujeres. Para evitar el ver criadas en su casa mandó hacer una escalera de servicio, y si encontraba una de ellas al pasar de una habitación á otra era inmeditamente despedida<sup>1</sup>. Su timidez era casi una enfermedad. No permitió nunca que hiciesen su retrato. Si le miraban se ruborizaba. Se alejaba de los extraños, y no podía entrar en una habitación en que hubiera alguien sin temblar. Por otra parte, era excesivamente frío; un hombre pasivo que carecía, al parecer, de toda clase de sentimientos. Murió tan impasiblemente como había vivido. Su biógrafo dice de él: « No amó, ni odió, ni esperó, ni temió. Era casi impasible, un anacoreta científico. » Seguramente este hombre, por otra parte científico, hubiera sido el mejor de todos, si hubiera sido redimido de esta falta de sociabilidad, por la compañía de una esposa llena de afecto. Ciertamente, dice lord Bacon en el *Ensayo* antes citado: « la esposa y los hijos son una especie de disciplina de la humanidad. »

Muchos de los grandes historiadores se han quedado solteros; tales son Hume, Gibbón, Macaulay, Thirlwall, Buckle y otros. Camden estaba tan completamente entregado á sus investigaciones, que prescindió del matrimonio para consagrarse por completo al es-

1. Una noche, en la Sociedad Real, observamos una muy linda muchacha que miraba desde una ventana de la opuesta acera de la calle, contemplando á los filósofos durante la comida. Llamó la atención, y unos tras otros nos reunimos alrededor de la ventana para admirar á la hermosa. Cavendish, que pensó que nosotros mirábamos á la luna, se nos incorporó con su extraño ademán, y cuando se enteró del verdadero objeto de nuestro estudio, se volvió atrás con disgusto y no pudo contener una exclamación de desagrado. — G. Wilson. *Life of Cavendish.*

tudio. Para ser un perfecto historiador se necesita consagrarse completamente á esta clase de trabajos, prescindir de toda otra distracción y renunciar á la familia y á los goces domésticos. El biógrafo de Hume cita algunos versos que dice haber sido escritos por él, para demostrar que no fué insensible al amor; pero esto no basta para probar que cayese alguna vez bajo el dominio de la pasión. Por el contrario, discutió este tema en sus ensayos con tanta indiferencia, como si se tratase de algún problema de Euclides.

Gibbón estuvo, sin embargo, enamorado indudablemente, en cierto periodo de su vida, y nada menos que de mademoiselle Curchod, hija del pastor protestante de Crassy, esposa después del hacendista Nécker y madre de la famosa madama de Staël. Gibbón era por este tiempo joven, y residía en Lausana (Suiza), en la época en que el ingenio y la erudición de esta joven eran el tema de la admiración general. « El relato de semejante prodigio, dice Gibbón, despertó mi curiosidad; vi y amé... La joven me permitió hacer dos ó tres visitas á la casa de su padre. Pasé algunos días felices en las montañas de Borgoña y sus parientes alentaron estas relaciones. En la calma del retiro se había visto al abrigo de la vanidad de la juventud; así fué que la joven dió oídos á la voz de la verdad y de la pasión, y yo pude lisonjearme de haber hecho alguna impresión en aquel corazón virtuoso. Cuando Gibbón, que entonces sólo tenía unos veinte años, dió cuenta de su compromiso á su padre, al volver á Inglaterra, este último se opuso de tal modo á ello, que Gibbón renunció al fin al amor de dicha señorita; de aquí puede deducirse que su amor no era muy ardiente. Después de una penosa lucha, dice, me resigné con

mi destino, suspiré como amante y obedecí como hijo. »

Jeremías Bentham jamás se casó; sin embargo, en su juventud contrajo unas relaciones á las que permaneció fiel hasta su muerte. Hasta siendo ya anciano, dice el doctor Bowring que veía correr las lágrimas por sus mejillas cuando hablaba de este su juvenil amor en Bowwood. Á los sesenta años encontró de nuevo á la pretendida y renovó sus instancias; pero el amor no existía sino por su parte, y como ella rehusó, ambos se quedaron solteros. Á medida que Bentham envejecía, su cariño parecía arraigarse en él con más fuerza; y ya en edad avanzada, dirigió á la señora una conmovedora carta: « Tengo ya ochenta años y dos meses, y me hallo más enamorado que cuando usted me regaló ceremoniosamente una flor en el verde sendero. Desde aquel día, no he pasado uno solo, prescindiendo de las noches, en que usted no haya tenido una parte cada vez mayor de lo que yo hubiera deseado. Poseo aún el piano en que usted tocaba en Bowwood; como instrumento, aunque no es muy útil, es aún curioso, y como mueble, no es feo; ¿quiere usted aceptarlo como legado? Tengo un anillo que tiene dentro algunos de mis cabellos blancos y mi retrato que todos encuentran muy parecido. Á mi muerte recibirá usted ambas cosas. Si usted llegase á tener necesidad, ya podría sacar por ello una buena guinea. Espero que no se avergonzará usted de mí... ¡Oh, qué viejo loco soy, después de todo, en llenar el papel con estas cosas!... » Quizás la señora pensó que Bentham era un viejo loco, como él mismo decía, puesto que su carta no recibió respuesta. Sin embargo, no se puede menos de formar una excelente idea de aquel

buen viejo peripatético de Queen Square Place, á quien el poeta Wordsworth describe como « un hombre de sangre fría, calculador y egoísta, » y se siente uno conmovido al leer la revelación de los sentimientos que agitaban lo íntimo de su corazón, mientras se ocupaba en el desarrollo de su sistema de filosofía política.

Ni Pitt, ni Fox, los dos rivales políticos, fueron casados. Pitt, aunque pasaba por ser un hombre de naturaleza fría, tenía un corazón tierno y lleno de afecto. Su vida doméstica era irreprochable. Su alma era pura y elevada. En sus relaciones privadas mostrábase lleno de humanidad. Hemos visto ya en otra ocasión que uno de sus principales deleites consistía en jugar y corretear con los muchachos. También estuvo á punto de enamorarse profunda y ardientemente. El objeto de su afecto fué lady Leonor Eden, señora de esmerada educación y belleza, que resplandecía en su despejada frente. Estuvo á punto de desgarrar su corazón al despedirse de ella, pero lo hizo por estar convencido de que los lazos de la vida doméstica eran incompatibles con el tumulto de los negocios públicos. El sacrificio le fué dictado por un delicado sentimiento de honor y deber.

Entre los grandes artistas que se han quedado solteros figuran Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Ángel. El último dice hablando de su arte: « La pintura es una querida celosa que no tolera rival. Me he desposado con mi arte y esto me ocasiona suficientes cuidados domésticos. Mis obras serán mis hijos. » Reynolds parece haber tenido la misma opinión, puesto que permaneció soltero de intento. Cuando oyó que Flaxman se había casado, dijo: « Le digo á usted,

Flaxman, que se ha arruinado usted como artista. » Sin embargo, Flaxman probó en lo sucesivo que el matrimonio le había hecho más provecho que perjuicio <sup>1</sup>.

Túrner y Etty fueron solteros, aunque ambos estuvieron enamorados. El desengaño amoroso de Túrner proyectó una gran sombra sobre su vida, y su gran cariño no desapareció jamás por completo. Etty, en cambio, tuvo numerosos devaneos. « Una de mis debilidades dominantes era mi propensión á enamorarme. » Sin embargo, nunca llegó al extremo de casarse.

Haendel, Beethoven, Rossini, Mendelssohn y Meyerbeer, figuraron entre los músicos solteros; el arte fué el verdadero amor de Haendel; sin embargo, Beethoven, aunque amaba su arte, suspiró toda su vida por una mujer que no llegó á encontrar jamás. Siendo joven, antes de salir de Roma, fué subyugado por los encantos de la señorita Howrath; pero ésta le dejó por un oficial austriaco con quien se casó. No obstante, Beethoven abrió repetidas veces su corazón á la misma tierna influencia. Por tercera vez se enamoró de una encantadora señora que ocupaba una posición social más elevada que la suya. Él tenía una timidez que, como es sabido, no conquista nunca á las hermosas. Sin embargo, se atrevió á dedicarle su sonata en *mi*, compuesta en 1806, en la que describe admirable-

1. Véase *Self Help*. H. Crabbe Robinson dice en su *Diario*, página 158, 6 de Febrero de 1820: Mistress Flaxman ha muerto. Era una mujer de gran mérito y es una pérdida irreparable para su marido. Él, un genio de primera fila, es un niño en todo lo relativo á la vida. Ella era una mujer de muy buen sentido y muy activa, verdadera esposa para un artista. Sin ella, él no hubiera podido dirigir sus asuntos domésticos.

mente su desesperación y al mismo tiempo el arrebató de su amor. Esta señora, la condesa Julia Guicciardi, se casó poco después con el conde de Gallemborg, lo cual produjo en Beethoven una desesperación indecible.

Perdió toda esperanza y se tornó huracán; á partir de aquel momento, renunció á todo amor que no fuese la música, y se consagró á la composición de esas obras que han hecho su nombre famoso. Tales son algunos de los hombres célebres que han permanecido solteros. Son muchas más las mujeres que no se casan que los hombres. El hombre dispone del poder y la fuerza; obra, se mueve, piensa y trabaja por sí solo. Mira hacia adelante y ve el consuelo en lo porvenir. Pero la mujer permanece en el hogar, tanto para el placer como para la tristeza. ¿Cuál es, en suma, la vida de la mujer sino sentir, sufrir y mostrarse llena de abnegación? Sin embargo, su carácter ofrece con frecuencia toda clase de dones amables. Puede haber formado algún temprano lazo, y haber sufrido un desengaño; en tal caso, desea probablemente permanecer soltera é independiente. Ahora bien, teniendo medios para escoger su ocupación, puede desear consagrarse á algún fin determinado, como, por ejemplo, á la ciencia y literatura, para beneficio y mejora de la humanidad. Hay muchas mujeres solteras animadas por los más elevados motivos, y asociadas con los más nobles y honrosos miembros de la sociedad. ¿Necesitamos hacer mención de los nombres de Florencia Nightingale, Catalina Stanley y Sister Dora?

Las mujeres solteras son, en muchos casos, las que mejor consuelan, las que muestran más elevadas simpatías, las más bondadosas consejeras y compañeras.

La mayor parte de las buenas obras del mundo se realizan en el secreto y en el silencio. No hacen ruido ni buscan la aprobación. Nadie lleva la cuenta de las mujeres pacientes que mantienen en su casa la salud y la tranquilidad, merced á un celo incansable y vigilante. Hasta en las más humildes clases, las mujeres solteras hacen un trabajo útil y honroso mucho mayor del que les corresponde, teniendo frecuentemente que luchar con pruebas, dificultades y tentaciones. ¡Cuánto tenemos que aprender de los pobres, en cuanto á sufrimientos noblemente sobrellevados y cargas animosamente soportadas! Los pobres son más generosos entre sí que los ricos. Con frecuencia se hallan dispuestos á compartir su último pedazo de pan con otros más pobres que ellos, sin la menor esperanza de recompensa. ¡Cuántos miles hay de mujeres solteras que forman una legión invencible, las cuales trabajan hasta más no poder, casi para ganar un bocado de pan y un trago de te, antes que perder un átomo de su consideración ó de permitir que empañe el espejo de su honra el más ligero soplo!

Por esta razón se fundó el hospital para paralíticos y epilépticos. Dos hermanas solteras, huérfanas, estaban esperando el regreso de su abuela que las había criado. La habían esperado ya largo tiempo. Al separarse de ella, estaba contenta y llena de actividad. Sonó un golpe en la puerta de la habitación. Abrieron, pero apenas pudieron reconocer la carga que traían unos hombres. Era su abuela atacada de parálisis. Murió la anciana, pero las hermanas concibieron la idea de fundar un asilo de caridad para especial beneficio de semejantes enfermos. No eran ricas. Sabían que los ricos y las personas caritativas se hallaban

asediados con peticiones de auxilio. Sin embargo, perseveraron. Reunieron en junto doscientas libras, como su ofrenda especial, para dicha fundación. Al fin los buenos corazones tomaron á su cargo el asunto; asociáronse entre sí y, por último, quedó fundado el hospital. La hermana más joven no vivió lo bastante para contemplar el triunfo de su fundación. Con su último aliento la bendijo y pasó á mejor vida.

No menos admirable es, por parte de las mujeres, el deseo general de cultivar sus facultades intelectuales, como medio de emanciparse de su solitaria condición y de progresar en la sociedad lo mismo que los hombres. De aquí el deseo de una educación más elevada el establecimiento de concursos y esa lucha para conseguir ventajas profesionales que antes estaban reservadas á los hombres. No cabe duda que, para la comodidad y defensa de las mujeres en general, es necesario que se cultiven y desarrollen sus facultades en los límites compatibles con su salud y las condiciones de su organismo. Si se aplicase este sistema de concursos y de lucha intelectual á las mujeres dotadas de espíritu y cuerpo fuertes, no causaría mucho daño la lucha por conseguir distinciones profesionales; pero aplicado á las mujeres en general, el daño producido por el exceso de trabajo cerebral sería grande é irremediable y conduciría en último término á la degeneración física de la raza humana.

Míster H. Crabb Robinsón refiere que una señora joven, hija de un pastor rural, se sintió tan vivamente afectada por la lectura de *Corina y Delfina*, que cuando madama de Staë!, autora de estas obras, fué á Londres, la citada joven pasó á verla, se echó á sus pies y le rogó que le permitiese servirla como

amanuense. La baronesa, muy bondadosamente, pero con mucha energía, le hizo comprender la locura de su conducta. « Puede usted figurarse, le dijo, que es una cosa envidiable el viajar por Europa, y considerar esto como la cosa más hermosa y distinguida del mundo; pero las alegrías del hogar son mucho más sólidas; la vida doméstica procura una felicidad más estable que la que puede dar la fama. Usted tiene un padre y yo no. Usted tiene un hogar y yo me veo obligada á viajar porque he sido arrojada del mío. Conténtese usted con su lote; si conociese usted el mío no lo desearía »<sup>1</sup>. Nos complacemos en agregar que la joven volvió á su casa curada; se tornó tranquila é industriosa, y su vida fué respetable y útil.

Si las jóvenes se convenciesen de que el ser inteligentes, agradables y felices, lo cual no es una bagatela, contribuye á aumentar el brillo del hogar doméstico y que, por otra parte, conviene hacer bien todo lo que ha de hacerse, oiríamos repetir con menos frecuencia el patético grito que recordaba el *Punch* en sus páginas hace algunos años: « ¡El mundo es hipócrita; mi muñeca está rellena de salvado, y yo me voy á meter en un convento! » Es más, una mujer inteligente puede, casada ó soltera, hacer que su vida sea útil á la familia, y trabajar en beneficio de la humanidad en mayor escala. Tal es el caso, como ya hemos visto, de mistress Sommerville, que, por otra parte, pudo haber sido una mujer de excepcional capacidad mental.

Hemos hablado de hombres y mujeres solteros, pero es más importante hablar de los casados, por ser

1. H. Crabb Robinson's. *Memoirs and Correspondence*.

ésta la condición á que tienden generalmente ambos sexos.

Hombres y mujeres contraen matrimonio animados de propósitos y sentimientos distintos. Algunos se casan por amor, otros por la hermosura, otros por el dinero, otros por la posición y otros por la comodidad. Algunos se dejan llevar únicamente de su instinto y otros de su capricho; en tanto que otros obran después de pensarlo bien, y obedecen únicamente á la razón. Aunque el matrimonio es casi el más grande suceso en la vida del hombre y de la mujer, y conduce á la mayor felicidad por un lado ó á la mayor miseria por otro, hay pocos sucesos que den motivo á reflexionar menos que este contrato entre dos seres humanos que se unen para la felicidad ó la desdicha, hasta que la muerte los separa. Esto nace casi de la impresión general, que por tanto tiempo ha prevalecido, de que el amor es una pasión que no depende de nuestro albedrío; que no es tanto un acto de la voluntad como del instinto; que es impulso al que hay que obedecer en vez de pretender dirigirlo ó guiarlo. De aquí los dichos proverbiales de que: « El matrimonio es una lotería », y de que « Matrimonio y mortaja del cielo baja, » aunque los resultados muestran con mucha frecuencia que si la razón no sirve de guía, el matrimonio puede igualmente venir de cualquiera otra parte.

Tampoco son muchos los que se casan con su primer amor. Es mejor aguardar á que el espíritu, los afectos y el carácter se hallen completamente formados. « El amor que nace á primera vista, dice madama de Staël que rara vez es profundo y rara vez duradero: nace del encuentro de dos personas que se

sienten mutuamente atraídas por la semejanza de carácter. Sin embargo, éste suele ser á veces feliz; aunque el primer amor rara vez se halla fundado en el mérito y en la bondad de corazón, lo cual no impide que dicho primer amor tenga verdadera influencia. » Tennyson nos ha dicho en *Guinevere* que las pasiones infantiles son un sutil maestro para los muchachos, aunque la novia tenga generalmente más edad que su novio, y constituyen para él una salvaguardia muy segura en los primeros años de su edad viril:

« No solamente para conservar lo que forma la base del hombre, sino también para enseñarle ideas elevadas y palabras de amistad y cortesía, así como para inspirarle deseo de la fama y el amor de la verdad, y todo lo que constituye un hombre. »

« No cabe duda que era un hombre inteligente, dice Montaigne, el que aseguró que el matrimonio no puede ser feliz sino entre una mujer ciega y un hombre sordo<sup>1</sup>. Coleridge dice lo mismo, copiándolo probablemente de Montaigne<sup>2</sup>. Es probable que hubiera sido muy ventajoso para Coleridge el que su esposa fuese sorda y ciega. Era mujer paciente y que nunca se quejaba, y fué largo tiempo mantenida por su cuñado Southey, en Keswick; mientras que su marido se divertía haciendo monólogos para recrear las reuniones de Gillman's y de Highgate Hill. Coleridge

1. *Essais*, de Montaigne. Lib. III, cap. V.

2. Alston's. *Letters and Conversations and Recollections of Coleridge*. El *Lowell Citizen* dice: « Morse, que inventó el telégrafo, y Bell, inventor del teléfono, estaban casados con mujeres sordomudas. Esto no necesita comentario, pero muestra lo que el hombre puede llevar a cabo cuando está completamente tranquilo. »

dice en otra parte algo más exacto: « Para que un hombre sea feliz en el matrimonio debe tener un alma compañera suya lo mismo en el hogar que para el trabajo; y por lo que toca á la mujer, debe tener un marido á quien pueda consagrar á conciencia amor, honor y respeto. »

Por lo que toca á Montaigne, no fué nunca un enamorado, en el sentido más elevado de esta palabra. Casi era incapaz de amar. Declara que le era indiferente el matrimonio, y que si le hubieran dejado la libre elección, hubiera evitado el casarse aunque la misma Sabiduría le hubiera ofrecido su mano. Pero se casó por darle gusto á su padre y por seguir el uso corriente. En realidad, su matrimonio fué un matrimonio de conveniencia, cosa tan frecuente entonces como ahora; y no sabemos que su matrimonio produjese nada que no fuese conveniente y agradable.

Algunos se casan atraídos por la hermosura. Cuando la hermosura representa salud, en las facciones, formas y constitución, es siempre un atractivo; pero lo es mucho más cuando representa perfección del sentimiento y la inteligencia. La belleza ejerce gran poder en el mundo, sobre todo la belleza de las mujeres. Es una de las dotes que las mujeres ambicionan especialmente, con tanta más razón cuanto que es la principal fuente de posición, influencia y poder. Hasta mujeres tan sensatas y de ánimo tan varonil como madama de Staël, han declarado que cederían de buen grado su distinción intelectual á cambio del singular atributo de la belleza. Al mismo tiempo debemos observar que la belleza no es esencial para la felicidad en el matrimonio. Á menos que el alma brille á través de las facciones, el más hermoso rostro puede de

jar de agradarnos, y hasta el más delicioso paisaje visto diariamente se hace monótono. La belleza superficial no dura, pasa como las flores de Mayo. Pocos son los hombres que al cabo de un año de casados piensan mucho en la hermosura de sus esposas; al cabo de ese tiempo constituyen el principal atractivo la inteligencia y el corazón. Al cabo de veinte años ó más, la mujer virtuosa, dotada de excelente corazón, encantará á su esposo mucho más de lo que pudo haberlo antes en toda la plenitud de sus encantos. El hombre más cuerdo es quizá el que escoge por esposa á la mujer que habría escogido para su amigo íntimo.

Tratándose de los hombres, las ventajas personales tienen mucha menos importancia que tratándose de las mujeres, « Las ventajas personales, dice Montaigne, son una débil garantía, y sin embargo, merecen alguna consideración. » Montaigne refiere que en una ocasión fué apresado por una partida de bandoleros y fué puesto en libertad por el capitán de la misma á causa de su buena presencia. » Hombres de buena presencia y buenos mozos, dice, son, en igualdad de circunstancias, los jefes naturales de los hombres; y Aristóteles dice que les corresponde el mando de derecho.

Bacón también en su *Ensayo sobre la belleza* observa que Augusto, César, Tito, Vespasiano, Eduardo IV, Alcibiades é Ismael de Persia, fueron todos hombres de gran entendimiento, altos, y los hombres más hermosos de su tiempo. Platón, el de la frente ancha, era grande como pensador y como atleta, y su palabra tenía tal suavidad, que era tradicional decir de él que las abejas habían anidado en sus labios